AÑO XXVIII
Número 1.387

Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

mundo gráfico

Miércoles, 1 de Junio de 1938

40 CTS

Una *Exposición* de Periódicos Murales en MADRID

Arriba: Tres muchachas examinando uno de los más interesantes periódicos murales de la Exposición.—A la izquierda: El original periódico presentado por el Comité Provincial de Mujeres Antifascistas

Se celebra en estos días, en Madrid, un Concurso-Exposición de Periódicos Murales. Más de un centenar de ellos gritan al visitante—muchacha de taller, combatiente, hombre de la calle—con su grito múltiple de colorines, de palabras enardecidas, de fotografías que buscan la emoción por el camino más directo. Para crear esos periódicos—periodismo que es ingenuidad y vibración, expresión y síntesis, claridad y espontaneidad—se trabajó en los cuarteles y en las trincheras, en las fábricas, en los Sindicatos. Cultura Popular hizo la llamada, organizó amorosamente el Concurso. Su voz fué atendida, en los frentes como en la retaguardia. En las pausas del trabajo, en el despacho de una oficina o en la nave de una fábrica; en las tierras de guerra, cuando acaso la pulsación enloquecida de una ametralladora hacía levantar la vista de la labor, se fueron forjando esos periódicos. Se trabajó en el papel, en el cartón y en la madera. Se escribió, se dibujó, se pintó. Palabras y colores salían frescos, vivos, sin artificio y sin oficio. Toda esa labor está ahora expuesta en unas salas amplísimas: sobre los muros o en los caballetes, los periódicos murales enviados por los soldados y los trabaja-

(Continúa en la página siguiente)

dores reiteran una emoción y una fe, a través de palabras, trazos y colores que son como gritos.

En cinco grupos quiso Cultura Popular clasificar los periódicos para esta Exposición, según su procedencia. Periódicos enviados por unidades militares, o por agrupaciones femeninas, o por Juventudes, o por organizaciones políticas y sindicales, o por talleres y fábricas. Para cada una de estas Secciones destinó tres premios. Además, habrá otro premio, de mil pesetas, que podrá ser adjudicado al periódico mural de cualquiera de aquellos cinco grupos que mejor reuna las tres condiciones que se han señalado para estos periódicos al organizar el Concurso: lo literario, lo artístico y lo político. El acierto en la expresión verbal, la belleza en la presentación material y el acierto en el sentido político que debe caracterizar a estas creaciones populares.

Figuran en la Exposición ciento treinta y dos periódicos murales, de los que casi una mitad ha sido enviada por combatientes. Fuera de concurso hay un periódico enviado por un hospital. Y hasta unos chiquillos se acercaron queriendo también unir su mural a los allí expuestos. (En una de las salas está, efectivamente, el periódico de los *chavales*, con palabras y monigotes de una simpatía ingenua y alegre.)

Fallará, naturalmente, quien se acerque a estos murales con un criterio profesional. No son sus textos, sus dibujos o sus fotografías lo interesante en ellos. Su valor está en lo que en ellos hay de sentido colectivo, de anhelo y emoción comunes, de acento general levantado y ardiente. Todo aquello es el reflejo de una nueva conciencia, de una fuerte actitud espiritual, de un fervor apasionadamente sentido. Es la transcripción plástica y verbal de una sensación colectiva, hecha a la vez de rebeldías y de sueños, de protestas y de esperanzas. Es, en fin, el entusiasmo, el dolor y la fe del pueblo en esta hora que tiene ya sobre sí el trazo profundo de la Historia.

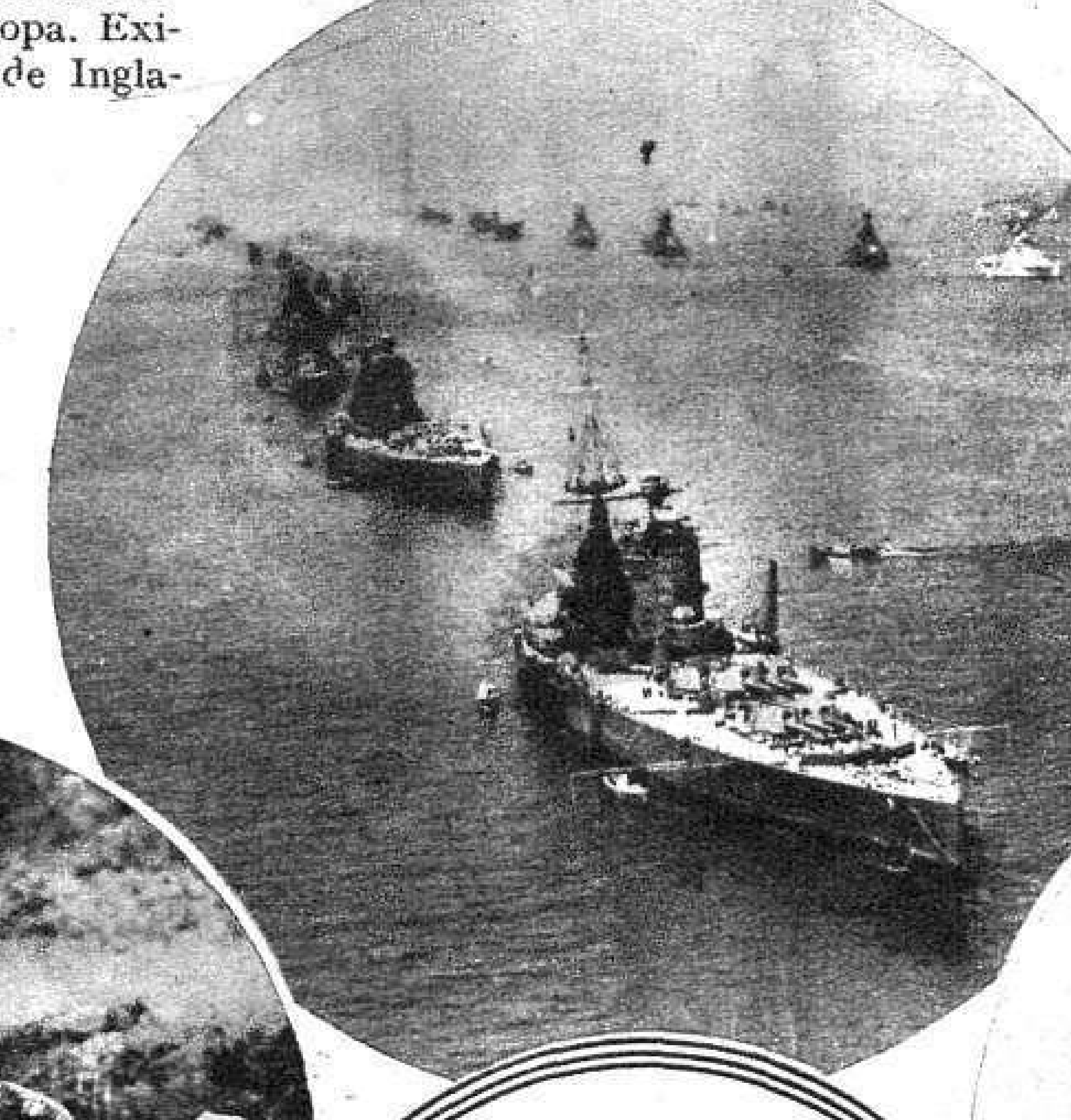
Aspectos y detalles del interesante Concurso-Exposición de Periódicos Murales celebrada en Madrid, por iniciativa de Cultura Popular

(Fots. Videa)

Europa a la deriva — Los pacifistas que se arman

EL que no hayan ocurrido incidentes graves en las elecciones checoeslovacas ha servido a Mr. Chamberlain para atribuirse un nuevo éxito en sus esfuerzos por sostener la paz de Europa. Exito, según el primer ministro, de Inglaterra, que quiere seguir siendo el árbitro en la balanza del poderío europeo.

Y al socaire de ese triunfo diplomático, Mr. Chamberlain ha logrado que se apruebe en la Cámara de los Comunes, sin la menor oposición, el resto del proyecto de presupuesto para completar el rearme inglés. Merced a ese programa, el presupuesto británico de Guerra



Hay pueblos que hablan de la paz, pero siguen preparándose para la guerra. Aviones, tanques, ametralladoras, antiaéreos, acorazados... La fabricación de elementos de lucha continúa con ritmo acelerado, sin perjuicio, naturalmente, de que se siga hablando en pacifista

se triplicará este año, hasta alcanzar la astronómica cantidad de mil quinientos millones de libras esterlinas.

Así, según el criterio inglés, se asegura la paz del mundo, que, por lo visto, sólo se encontraría en peligro si los intereses de Inglaterra fuesen atacados. Antes, no. Porque en aras de la paz, el Imperio se «sacrifica» generosamente para evitar la tragedia a otros pueblos, a no ser que esos otros pueblos se llamen, ayer, Abisinia, y hoy, España.

He aquí, pues, a Albión convertida en apóstol de la paz. Sin perjuicio de dedicar a su rearme para la guerra el 25 por 100 de sus utilidades como nación. Pacifismo costoso, porque en lo que va de año, y sin contar las recientes compras de aviones a Estados Unidos y Canadá, Inglaterra ha invertido en material de guerra el treinta y dos por ciento de su presupuesto total. Consecuencia lógica: el coste de la vida en Inglaterra ha subido en más del cinco por ciento. El cobre, el plomo y el estaño han duplicado sus precios con referencia al año pasado. El acero es tan escaso, que se ha aplazado la construcción de varios grandes puentes.

Pero, no obstante su tremendo coste, Inglaterra sigue atiborrando sus depósitos de material bélico, y el primer lord del Almirantazgo acaba de anunciar, henchido de satisfacción, que la Gran Bretaña terminará el año con 148 barcos de guerra en construcción, con una fuerza aérea más del doble de la que poseía hace seis años y con grandes refuerzos en el Ejército de tierra.

Y a semejanza de Inglaterra, todos los demás Estados se lanzan frenéticamente a esta carrera de armamentos... por la paz. Y los pueblos se prestan resignadamente a este trágico juego que consume sus tesoros.

¿Cómo después de la experiencia, aun no lejana, de la guerra europea, y que tanto se ha evocado estos días, puede lograrse que los pueblos acepten y colaboren en esa política de rearme, que no puede conducir más que a la catástrofe?

Bien es verdad que entre diplomáticos y estadistas saben dorar bien la píldora de la ruina con espejismos de transitorio bienestar. La última teoría económica lanzada por los estadistas es algo maravilloso. Viene a decir que el rearme es la panacea para remediar las crisis económicas, el paro obrero, las flaquezas del crédito.

El razonamiento tiene cierta originalidad. En el caso de Inglaterra, concretamente, ha dicho sir Samuel Hoare que los mil quinientos millones de libras gastados en máquinas de guerra redundarán en beneficio del país, no sólo porque son garantía de la paz, sino porque elevan el nivel de vida, difunden la riqueza, aceleran el ritmo de todas las industrias, acrecientan el trabajo... El dinero circula, y esto representa aumento de las utilidades y dividendos, subida de la Bolsa, elevación de jornales y, por consiguiente, aumento de los fondos de los Sindicatos y crecimiento de las ventas del comercio. ¿No es esto un paraíso?

Pero les falta a esos economistas decir que ese bienestar de dos o tres años ha de desembocar, fatalmente, en el empleo de esas maquinarias y ese material que no sirve más que para una cosa: para la guerra. Y que tres meses de guerra consumen, arruinan, destruyen para muchos años todas las energías de un país.

Y sólo el hurto de esta verdad, tan lógica, tan sencilla, es lo que hace pensar que todos los pueblos de Europa o están locos o han perdido la memoria. Porque sólo entre amnésicos o inconscientes pueden acogerse sin protesta los manejos de los poderosos que están de nuevo fraguando la ruina de Europa.

J. F.

VISADO POR LA CENSURA

La "cola" simpática

EL HERMANO VENDEDOR DE PERIODICOS

He aquí que, justificando el aforismo de no haber regla sin excepción, también entre las «colas» hay una que merece todas las simpatías. La «cola», por revelar escasez o dificultad, es siempre molesta, y en nuestras circunstancias de guerra no deja de tener sus peligros. De ahí el celo con que las autoridades se han esforzado en evitarlas, y el haberlo logrado en la mayoría de los menesteres de abastos es el más lisonjero éxito obtenido por los dirigentes de nuestro pueblo.

Pero hay todavía una «cola» que persiste, y cuya formación diaria no merece recelo, porque no revela necesidad molesta, ni en ella cabe que se propague el «bulo» fascistoide. Es una «cola» que, por su significado, su simbolismo y su espontáneidad, merece todas las simpatías. Se forma cada mañana y cada atardecer ante los quioscos de periódicos, o simplemente ante cualquier vendedor de hojas impresas situado en una esquina estratégica.

Tienen estas «colas», sobre su noble expresión de avidez de cultura, de necesidad espiritual, la ventaja de que en ellas no se comenta la carestía de lo que va a comprarse. No hay por qué. Los periódicos son los únicos «artículos» que no han subido de precio desde que comenzó la guerra. Todo, lógicamente, ha experimentado un alza al encarecerse la producción. ¿Es que los periódicos madrileños son una milagrosa excepción a este respecto? No. Por el contrario, es quizá la industria en que en mayor porcentaje ha aumentado el coste de las materias primas. El papel de los diarios ha subido de 300 a 3.500 pesetas la tonelada, y en proporción semejante han aumentado su coste los demás materiales necesarios a la industria gráfica. Sin embargo, el diario madrileño sigue vendiéndose al público al mismo precio que hace dos años. Ingente sacrificio, generosidad que raya en el holocausto, y que aún no ha tenido más recompensa que ésta, fervorosa, entrañable, que a diario rinde a sus periódicos el pueblo de Madrid, y de la que son expresión esas «colas» que dos veces al día se forman en nuestras calles. Afán, como nunca, exacerbado de leer, que más que nunca hace del periódico un artículo de primera necesidad. Sobre esto ya se ha dicho bastante en cien ocasiones. Para un pueblo tiene tan vital importancia que no se paralicen sus rotativas como que no dejen de funcionar sus amasadoras.

Algunas veces se ha preguntado: ¿Qué hubiera sido de Madrid sin periódicos, sin la inyección espiritual de su Prensa, estimulante y reactivo de la conciencia popular?

Reiteradamente han contestado voces ilustres a esa interrogación. Pero ahora es a nosotros, periodistas, a los que nos place preguntar esto otro: ¿Qué hubiera sido de los periódicos sin el concurso dinámico, la actividad febril y el sacrificio generoso de sus vendedores, que ni una sola mañana, ni una sola noche, ni aun en las horas más dramáticas, han dejado de lanzarse a la calle llevando al público el tónico espiritual de la Prensa?

Los vendedores se han desparramado por la ciudad, sin importarles los riesgos. Han llegado, con las primeras luces del alba o entre las sombras de la noche—más densas que nunca—, a los barrios más apartados, a los parapetos de las calles, hundidas en simas de silencio; a las barricadas primeras de los arrabales, barridas por el fuego enemigo; a aquellas trincheras urbanas, improvisadas por la genial resolución del pueblo.

La figura del vendedor de periódicos se aureola de matices heroicos. Como *Gavroche*, símbolo vivo y cordial de la calle, hijo del pueblo, gorrión valiente del arroyo, el vendedor de periódicos no ha desertado jamás de su deber. En cada esquina, en cada calle, su pregón es clarín jubiloso de energía indomable; su grito vibraba como un reto y como un desprecio arrogante, contestando al silbido de las balas y a las explosiones de las granadas.

Y han pagado también generosamente su tributo de sangre; el puñado de papel que amparaba en sus brazos le ha servido alguna vez de mortaja. Han sabido morir, como auténticos héroes, en su puesto, en su calle, en su esquina; el rugir trágico de la metralla ha apagado para siempre más de un pregón.

Pero en seguida, al día siguiente, otro vendedor volvía al mismo sitio, y su grito era de nuevo clarín de esperanza y voz de altivo reto, como un símbolo de que la letra, expresión del espíritu, no muere jamás.

En la gloria perenne del Madrid de hoy, el vendedor de periódicos, héroe cívico, ha plantado para siempre su rama de laurel que, regada con sangre del pueblo, no se marchitará jamás.

J. F.

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

Sueño feliz

Somos muchos los camaradas que para venir a luchar por nuestra libertad nos hemos separado de nuestros hijos. Quizá por esto, por el recuerdo de nuestros pequeños, expuestos a la furia de quienes no respetan a los seres inocentes, el suceso, de los muchos que he sido testigo y que más emoción me produjo, fué el siguiente: Después de toda una madrugada de combate, logramos hacer huir a los fascistas de una aldea donde se habían hecho fuertes. Había habido fuego de artillería y aviación, preparatorio de nuestro asalto.

Cuando ya, un poco avanzada la mañana, logramos entrar en la aldea, la encontramos solitaria. Recogimos muertos y heridos que el enemigo no había podido retirar. Empezaron a llegar algunos vecinos leales que habían huído al monte al empezar el combate.

Entré, con otros dos compañeros, en una casuca medio destrozada por la metralla, y a cuya puerta estaba el cadáver de una pobre mujer. En una habitación interior que daba al corralillo vimos, en una cama, a un niñito, inmóvil, con los ojos cerrados. Le creímos muerto, víctima inocente de la fatalidad de la guerra. Pero ¡cuál no sería nuestra sorpresa al sentirlo respirar tranquilamente! ¡Estaba dormido! Ni las explosiones, ni la lucha terrible, ni el estrépito de su casa al derruirse, habían sido capaces de turbar aquel bendito sueño inocente. El niño, en su camita, sonreía con esa dulzura que pone un resplandor indescriptible en los rostros infantiles. La guerra y la muerte habían pasado al lado de aquel niño de un año en aquel combate, que duró toda una madrugada, sin que él se enterara. Y a todos nos dió pena, y también, ¿por qué no decirlo?, envidia de aquel sueño feliz, más poderoso que la terrible realidad.—Bernardo Sánchez Gracia.»

El "agotado"

«En la guerra, aunque son tantas las incidencias dramáticas, no faltan, de vez en cuando, peripecias pintorescas que, quizá por contraste, tienen más fuerza cómica. En las trincheras son frecuentes los rasgos de humor, la alegría de los camaradas por cualquier nimia ocurrencia. He observado que así como el continuo riesgo endurece y templa el ánimo de los hombres, también el peligro los infantiliza, los hace más cordiales, más generosos. No hay alegría como la del soldado después de librar un rudo combate; quizá el haber tenido cerca la muerte le exacerba el gusto por todas las cosas de la vida.

Voy a contar un pequeño sucedido de que fuí testigo: Ibamos todos verdaderamente cansados. La jornada había sido dura. El Mando había ordenado una rectificación de posiciones, y hacíamos el repliegue estratégico en perfecto orden, escalonadamente, aprovechando los accidentes del terreno.

Al pie de unos peñascos encontramos, tendido, a un compañero de otro batallón, que, al parecer, debía estar gravemente herido o enfermo.

Efectivamente, él nos lo confirmó, diciendo con voz desfallecida:

—No puedo más, compañeros. Estoy agotado. Llevadme con vosotros.

Nuestro sargento, que es hombre forzudo, cogió al compañero «agotado» y se lo echó a cuestas.

No habíamos recorrido doscientos metros cuando fuimos atacados de nuevo, y empezaron a llover balas a nuestro alrededor.

El «agotado», que llevaba cómodamente apoyada la cabeza y parecía dormir sobre el hombro del sargento, la levantó rápidamente, y preguntó sobrecogido:

—Compañero, ¿no te parece que tenemos a esa gentuza demasiado cerca?

Y sin esperar respuesta saltó ágilmente, y entre el estupor de todos, el «gravemente enfermo», el «agotado», echó a correr ágilmente hacia unas peñas próximas.

A pesar de que no estábamos para bromas, pues el enemigo apretaba de firme, todos nos echamos a reír. Menos mal que el *guaja* se portó bien. Parapetado, estuvo tirando con nosotros hasta que logramos rechazar al enemigo.

Cuando cesó el fuego y emprendimos otra vez la marcha, el «agotado» nos contó que se había valido de aquel «truco» porque era muy propenso a dolores reumáticos, y desde la noche anterior le venía doliendo mucho un hombro. En época normal no se le calmaba hasta que no tomaba no sabía cuántas medicinas. «Pero—terminó con zumba—ahora, en cuanto siento un tiro, me desaparecen todas las molestias.» ¡El peligro es la mejor aspirina del mundo!—Eustaquio Biencinto».

RAFAEL VIDIELLA EN MADRID

Rafael Vidiella, consejero de Trabajo de la Generalidad, depositando un ramo de flores sobre el escudo de Cataluña en la tumba de Pablo Iglesias, durante la visita de aquel consejero y de Comorera a Madrid

(Fot. Mayo)

Mademoiselle DOCTOR

La vida y las aventuras de una espía extraordinaria

XXIII y último

LA SOMBRA DE UNA MUJER

Postguerra

EL armisticio, la paz, la Revolución alemana. Desde sus estancias de la Königgrätzer Strasse, Ana María Lesser y José Matthesius escuchan los tiros del estallido revolucionario. Arrojan a las llamas de una gran chimenea apuntes, informes, planos, mapas. El gran drama mundial había terminado, y otro, quizá, empezaba.

Ana María se recluye en sus habitaciones. Nunca sale a la calle. Sólo Matthesius la ve. La mujer lleva, en esos días turbulentos que siguen al acabamiento de la guerra, una vida solitaria, retraída y silenciosa. Han muerto la inquietud y el sobresalto de antes.

Un día, Matthesius le trae una noticia: quiere marcharse de Berlín.

—Me ahogo—dice—en esta inactividad, en esta vida quieta y tranquila. Me marcho a Budapest. Si viniese usted conmigo... Allí volveríamos a trabajar, a vivir intensamente. ¿Acepta usted, Ana María?

Pero ella, envenenada ya por los tóxicos, no quiere moverse de Berlín. Y Matthesius marcha solo, a trabajar de nuevo en servicios de espionaje. Actúa ahora como agente de información a las órdenes de las tropas blancas del general Wrangel. Se mezcla en intrigas y aventuras políticas. Y de todo le hace salir adelante su aguda inteligencia, su decisión certera y firme.

De vez en cuando escribe a *Mademoiselle Doctor*, su amiga y compañera de tantos episodios. Y siempre, en sus cartas, repite el mismo motivo, la misma frase: «Si usted quisiera, si usted quisiera trabajar otra vez conmigo...»

Mas ella sigue en Berlín, retraída y silenciosa, obstinada en su vida apacible y quieta.

Fantasmas, recuerdos...

Ana María, hundida en un silión frente a las llamas de la chimenea, recuerda. Un mundo lejano y dormido de evocaciones va surgiendo ante ella, como prendido en el tembloroso palpitar de las llamas. Su infancia, su juventud, sus familiares... Y por primera vez siente el deseo de saber qué había sido de su padre, del que no volvió a saber desde aquel día—¡tantos años, tantas cosas habían pasado!...—en que la arrojó de casa, por sus amores con el capitán Winanky.

Logra una respuesta a sus deseos: el padre había muerto. Y la herencia—por la que en ningún momento sintió el menor interés—había sido dilapidada por otros familiares.

Recuerdos, jirones de vida muerta, viejos fantasmas del pasado... Un día se presenta en su casa un antiguo oficial del Ejército alemán.

—Yo fuí—dice a la mujer—quien puso en relación a su esposo, aquel pobre Carlos de Winanky, con Matthesius. Por eso he creído un deber en mí venir a ofrecerme a usted para cuanto pudiera necesitar. Usted podría trabajar de nuevo.

Pero todo es inútil. Ana María se niega sistemáticamente a cuanto signifique apartarla de su vida de reposo y renunciamiento. La morfina y la cocaína van anulando su voluntad. La luz de su mirada es más extraña cada vez, y en su rostro y en su pensamiento va delatándose, con inequívocos perfiles, la obra destructora de los estupefacientes.

Se traslada a una casa de campo que posee en Zehlendorf. Sigue en ella la misma vida de soledad y de silencio. Sólo los médicos la visitan. Estos, ante el estado de la mujer, tratan de que vuelva a la vida activa, al movimiento, a la calle, para apartarla de los tóxicos. Quieren que sus horas tengan de nuevo pasión, emoción e inquietud, para que el enervamiento de los estupefacientes no destruya por completo aquel quebrantado organismo.

Pero es tarde ya. La morfina y la cocaína han hecho su tarea de destrucción. Los nervios de la mujer están destrozados. Un día, unas enfermeras han de sacarla de la casa para su traslado a un sanatorio de reposo mental en Suiza.

La vida triste de la sinrazón

Y allí, perdida la razón, ve desfilar los días Ana María Lesser. Va alejándose cada día más la guerra. Mueren políticos y caudillos. Nuevas inquietudes y nuevos problemas surgen al mundo. Otros hombres, otras ideas, otros hechos... Pero todo ello—film apasionante del mundo—no dice nada al alma de Ana María Lesser: al alma extraviada, inconsciente, que vive

en el reino inexplicado de la quimera y viaja por los caminos caprichosos de la sinrazón.

Su vida, desde entonces, bajo el maleficio de la locura, es triste. ¿Quién reconocería a aquella triunfadora y bellísima *Mademoiselle Doctor* de antes en esta mujer delgada, angulosa, de mirada perdida y palabra inconexa? Por las noches, cuando el viento de las montañas aúlla lúgubremente, Ana María, frenética y enfurecida, pasea de un lado a otro de su estancia, gritando. Son inútiles los esfuerzos de las enfermeras para calmarla. A su perdida razón acude todo un mundo de recuerdos distantes, de rostros desvanecidos, de lejanas escenas. Grita y grita. Gesticula y acciona contra el fantasma de Coudoyanis, al que quiere salvar del piquete de ejecución. Dice otras veces que quiere batirse con los soldados de Francia. O que huye a través de una selva porque la vienen siguiendo. En ocasiones, llora desconsoladamente y se arrodilla ante lo que cree ser la tumba de Winanky.

La vida sigue, y Ana María Lesser continúa allí, perdida la razón, sin otra esperanza que la de la muerte. Alguna vez llega al sanatorio un visitante, alguien que desea conocer el establecimiento. Los médicos le acompañan en su recorrido por salas y habitaciones. En el jardín, una mujer delgada, pálida —sombra de sí misma—, de ojos que miran sin ver, pasea silenciosamente por los rincones más apartados.

—¿La ve usted?—señala el médico discretamente, para que ella no se dé cuenta—. Hoy es una ruina, no tiene ya cura. Pero fué, hace unos cuantos años, una mujer bellísima y la espía más extraordinaria de Alemania durante la guerra mundial. La llamaban *Mademoiselle Doctor*.

CARTELERA DE ESPECTÁCULOS DE LA SEMANA (INDUSTRIA INTERVENIDA POR EL ESTADO)

Del lunes 30 de Mayo al domingo 5 de Junio de 1938

TEATROS

GARCIA LORCA (antes Popular).—6, ¡Que me la traigan!
IDEAL.—5,30, Katiuska y La Dolorosa.

A las 6,30

ASCASO.—Malvaloca.
BARRAL.—Las flores.
COMEDIA.—¡Cuidado con la Paca!
CHUECA.—Cancionera.
ESLAVA.—Yo quiero ser *vedette*.
ESPAÑOL.—Juan José.
FUENCARRAL.—La chula de Pontevedra.
JOAQUIN DICENTA.—¡Ole con ole!
LARA.—De muy buena familia.
LOPE DE VEGA (antes Alkázar).—¡Qué más da!
MARAVILLAS.—De la Ceca a la Meca.
MARTIN.—¡Las hay... frívolas!
PARDIÑAS.—El Mesón del Pato Rojo.
PAVON.—Teatro del pueblo, Fábrica de armas, Mi puesto está en las trincheras, Indiferentes, La evasión de los flamencos.
PROGRESO.—¡No llores, madre!

TEATROS DE VARIEDADES

CALDERON.—6, Variedades 1938, con Ramper, Elisa de Landa, Guillén, María Arias, Jualanso, Elvira Copelia, Cepero, Lupe Rivas Cacho, Marinita, Orquesta Calderón, Mary Paz, Mora and Rafa, Moreno?, Pharry Sixters.
VARIEDADES (antes García Lorca).—4,45 y 7, Mercedes Sevilla, Abelardini y Zerep, Hermelinda de Montesa, Santiago Escudero, Ruiseñor Navarro, Rosario la Cartujana, Muguet, Sepepe, Paco el Americano, Manolo de Badajoz, Orquesta Florida, Gran cuadro final: Estampa andaluza, por todos los artistas.
ZARZUELA (Metrópoli de las variedades).—4,30 y 6,30, Petit Ballesteros, Topete, Rafael Arcos, Lolita Granados, Negro Aquilino, Trío Hermanas Díaz, Niña de los Peines, Pastora Imperio, Antonio Pérez, Canasteros de Triana, con Caracol (padre). Orquesta Renacimiento, dirigida por Rafael Martínez.

CINEMATÓGRAFOS

SALAMANCA.—3,30 y 6,30, El gran Ziegfeld. (Segunda semana.)

A las 5 y 7 de la tarde

ASTUR.—Secretos de la Policía de París. Jueves: ¿Quién me quiere a mí?
AVENIDA.—Tras las montañas. (Segunda semana.)
BARCELO.—Nuestro culpable.
BELLAS ARTES.—La vida empieza. (Tercera semana.)
BILBAO.—Mary Burns, fugitiva.
CAPITOL.—La rosa del rancho.
DORE.—El misterio del acuarium. Jueves: La amenaza pública.
ENCOMIENDA.—El hombre de las dos caras. Jueves: Gracia y simpatía.
FIGARO.—La novia del *gangster* y El Lobo (Segunda semana.)
GENOVA.—¡Viva el amor! Jueves: Un perfecto caballero.
GOYA.—Roberta. Jueves: Prisionero del odio.
LATINA.—El gato montés. Jueves: Vampiresas 1936.
MONUMENTAL.—Ojos que matan.
PADILLA.—Música y mujeres. Jueves: La princesa de las Czardas.
PALACIO DE LA MUSICA.—Viaje de ida.
ROYALTY.—Bella Adelina. Jueves: La divina gloria.
TETUAN.—Vivamos de nuevo. Miércoles: Poderoso caballero. Viernes: El ángel de las tinieblas.
TIVOLI.—El rey de las nodrizas.

CINES DE SESION CONTINUA

De 11 mañana a 9 noche

ACTUALIDADES.—Semana de complementos y material corto Metro Goldwyn Mayer.
CALATRAVAS.—La que apostó su amor.
CARRETAS.—Capricho frívolo o Un marido de repuesto.
GONG.—Un par de gitanos.
MADRID-PARIS.—Jhon Strauss.

De 5 tarde a 9 noche

BENAVENTE.—Un par de gitanos. Jueves: El acorazado misterioso.
CHAMBERI.—¡Centinela, alerta! Jueves: La vida futura.
DOS DE MAYO.—El diluvio. Jueves: El último pagano.
ELCANO.—Su señoría se divierte. Miércoles: Pasaporte a la fama. Viernes: Vivamos hoy.
FLOR.—La carretera del Infierno. Jueves: Yo vivo mi vida.
HOLLYWOOD.—Por el mal camino. Jueves: Noche trágica.
METROPOLITANO. — Vidas en peligro. Jueves: La última noche.
OLIMPIA.—La lotería del amor. Jueves: Deseo.
PLEYEL.—El acorazado misterioso. Jueves: El bailarín y el trabajador.
PRENSA.—Juventudes rivales.

CINES CON «FIN DE FIESTA»

De 5 tarde a 9 noche

DURRUTI.—Juanita, y *variétés*, con Lolita Luna, Les Richard, Carmina Herrero, Hermanas Arquero, Isabel Camacho.
PROYECCIONES.—Candidata a millonaria, y *variétés*, con Raquel Moreli, Nati de Aragón, Coralillo de Granada, Encarnita Iglesias y Hermanas Piquer. (Segunda semana.)
RIALTO.—Su majestad Kelly, y *variétés*, con Charito España, Anita Jovellanos, Mazaco, Alfonso Alfaro, Trío Llopis, Carmelita Vázquez.

De 11 mañana a 9 noche

PANORAMA.—Joaquín Murrieta, y *variétés*, con Luisita Espinosa, Hermanas Mary Gloria y Paquita Almería.

TEATRO BAJO LA GUERRA "LAS FLORES"

SILENCIOSAMENTE ha pasado, para el comentario público, *oficial*, el hecho escénico más emotivo de todo el teatro de Madrid bajo la guerra: la reposición, en el Teatro Barral, de *Las flores*, una de las comedias más típicamente quinterianas, más llenas de sal y sol, más palpitantes de acento y aroma de primavera. Madrigal entre claveles, gozo y pena de amor entre rosas, *Las flores* es una de las creaciones más llenas de gracia joven, más ilusionadas y optimistas de todo ese claro himno de vida que es el teatro quinteriano.

Dos grandes duelos proyectaban su sombra sobre la comedia que se reponía en Madrid aquella tarde de Mayo: el duelo de la guerra y el duelo de la muerte de Serafín Alvarez Quintero. Y, sin embargo—prodigio eterno del arte, vencedor del tiempo y de la muerte, del odio y del olvido—, *Las flores* ahuyentaba penumbras y melancolías, fantasmas ciertos y auténticas pesadumbres. Como un gran chorro musical iban fluyendo, en la gracia fragante de aquel huerto de las Campanillas, piropos, ternuras y arrebatos. Con un silencio hondísimo—coros de risas buenas, fino temblor de lágrimas

Mary Delgado, la joven y admirable actriz, que está obteniendo un gran éxito personal con su interpretación de «Las flores»

Mary Delgado y Gaspar Campos en la escena final de esta comedia quinteriana, que a diario se representa en Madrid con fervoroso éxito de público

(Fots. Videa)

en los ojos de las mujeres—escuchaba el público la comedia. Silencio y respeto de estreno. Pero si *Las flores* desenvolvía su cinta de amoríos y de sueños, y con ella vencía ante el público al dolor, después, cuando ya la cortina había caído, quebrando e interrumpiendo el poema, una emoción dolorosa llenaba aquel haz de hombres y mujeres rendidos por el embrujo del arte. El telón subía una vez, y otra, y otra... Aquellos centenares de manos no se cansaban de aplaudir. Y todas esas ovaciones eran, junto a la admiración por la obra escuchada, el fervor trémulo por el caído, por el hombre bueno y el escritor admirable que había creado, en labor fraternal e ilusionada, aquellas escenas. Era el aplauso a quien ya no lo podía recoger desde las tablas. No lo podía recoger y, sin embargo, estaba allí, entre aquellas actrices y aquellos actores, ante aquel público. Se le sentía, invisible y presente al mismo tiempo, sonriendo con aquella gran sonrisa suya, abierta, luminosa y señorial.

Obra de juventud, olorosa a claveles, con música de risas jóvenes, con cabrilleo de piropos, *Las flores* sólo podía ser interpretada, para que su emoción de primavera llegase íntegra al público, por una actriz auténticamente joven: Mary Delgado, quinteriana apasionada, ha sido esa actriz. Al servicio de la obra puso aquel día toda su sensibilidad de gran intérprete, toda su gracia y su feminidad, toda su comprensión finísima de lo que en aquel momento significaba la representación de *Las flores*.

Allí, en el cuarto de la actriz, el recuerdo y el culto quinterianos tienen un culto sin pausas. Bajo la guerra, aquel *camerino* ha sido el único que Serafín y Joaquín visitaban. Iban a él muchas tardes. Anécdota, garbo, sonrisa...

—Don Serafín solía sentarse ahí, frente a la puerta...—dice ahora la actriz.

Junto a un espejo, entre barras y pinturas, hay un jarrón con unas cuantas rosas menudas y artificiales.

—Nos las enviaron ellos, cuando pusimos *La dicha ajena*, hace muy pocos. Y con unos versos. Decían así: «Mary: Pues no hay flores naturales,—aligeremos la espera—con rosas artificiales.—¡Ya vendrá la primavera!»

Y vino la primavera, que para Serafín trajo la muerte. (La muerte, del brazo de un atardecer tibio de Abril.) Este otro atardecer de Mayo, cuando se han extinguido ya los últimos aplausos en la sala, la actriz está junto al otro hermano, junto a Joaquín, en el despacho glorioso. Cuenta ella la representación de hace unos momentos, y aquella emoción del público, y aquellos aplausos como mojados en lágrimas. Y Joaquín no logra contener su duelo.

En la paz de la hora suenan unos cañonazos lejanos. La guerra. Pero algún día las balas y el odio callarán, serán recuerdo, niebla, olvido. Y *Las flores*—primavera en perpetua renovación—seguirán viviendo, vencedoras, poniendo ante los hombres y las mujeres de todo tiempo y de todo sentimiento, su gracia eterna, su alegría joven, su ternura y su claridad de amor.

TALLERES DE PRENSA GRÁFICA, S. A., Hermosilla, 73. MADRID. (Printed in Spain)